

La Parca

honeyboo



Capítulo 1

Calentamiento

Y la reina de los pies ligeros se enamora de un castigador.

La llamaban Parca, la de ojos solitarios. Con una sola mirada podía destrozarte o dártelo todo.

Capítulo 2

00

Nunca le había temido a la muerte, nunca se había parado a preguntarse si tras el dolor de la vida existía algún tipo... de algo. Algo que tampoco sabría cómo definir.

Lo cierto era que hacía años que había olvidado la curiosidad.

Pero todo cambió cuando la conoció.

Si tan sólo hubiese sabido qué tipo de telón descubriría, tal vez, no habría aprendido a bailar.

No habría aprendido a volar.

Capítulo 3

01

Vivir en los suburbios de una ciudad hecha ruinas no era realmente tan malo como la gente suponía.

Era acogedor, o al menos eso pensaba él.

¿Qué había de malo en enorgullecerse de tu basura?, si después de todo la basura le había llevado a conocerla.

Reviviría aquel día hasta que se odiara, lo más justo era que quisiera cambiarlo todo. Pero, secreta y dolorosamente, siempre prefirió revivirlo de la misma forma.

Capítulo 4

02

El invierno traía consigo el frío; y la tristeza.

No le deprimía andar por las calles y ver cómo la nieve hacía parecer la ciudad un gran castillo blanco. Le deprimía andar por las calles y que la navidad de tres años atrás siguiera en sus pensamientos.

La tranquilidad que su piel experimentaba cuando su aliento le rozaba, la cálida sensación de su mano contra la de ella, la bufanda que siempre se olvidó de devolverle, el silencio de la gente a las cuatro de la mañana.

Su mente volvía a los recuerdos de cuando tenía veintitrés años y comenzaba a saber qué era existir.

Capítulo 5

03

Se conocieron en el otoño de su vigésimo tercer cumpleaños.

Con tan sólo dos décadas de vida ya se había cansado de reírse de sí mismo.

Y luego la vio bailar sola, oculta de la mirada de la gente. Nadie podía tocarla porque brillaba tanto que, incluso, quemaba.

Al alejarse sólo sintió frío.

Capítulo 6

04

Ellos eran tan parecidos.

«A la mierda con los polos opuestos», había pensado él.

Testarudez, lealtad, pasión. Libertad. Todo eso se dieron.

Pero la libertad fue tan efímera.

Capítulo 7

05

Noviembre siempre era un mes solitario.

Le dejaba un mal sabor de boca porque le recordaba a la casa en la que había vivido de joven. A cómo había tenido que convivir consigo mismo en ella durante tanto tiempo.

Porque se quedó sólo demasiado pronto.

Pero jamás había disfrutado tanto como tres noviembrés atrás.

Sabía que el número tres era sólo eso, un número que con el paso de la vida iría aumentando.

Era el número de los años que habían pasado desde que se dejaron.

Capítulo 8

06

Siempre había actuado como juez de su propio destino. De vez en cuándo, también actuaba de juez con los demás.

Con los años aprendió que los defectos nos acompañan hasta la muerte. Puedes paliarlos. Pero no se curan.

Él nunca se curó.

Ella nunca se curó.

Capítulo 9

07

No había creído en la existencia de un paraíso. Como siempre, hasta que la conoció.

La gente la llamaba parca porque detrás de sus ojos miel y sus pies delicados había demasiado peligro. La gente no quería mezclarse con la muerte.

Eso simbolizaba la chica.

Y aún así, la amó tanto. La amó tanto que no le importó si moría, porque sabía que después de eso sólo estaba ella.

Capítulo 10

08

De nuevo estaba recordando el invierno de sus veintitrés.

Su mejor invierno.

Cuando la Parca le acogió en su vida, le dejó mirar cómo bailaba y le susurró que era la única persona en su universo en la que podía confiar, por fin supo de qué trataba el argumento de su vida.

Abrasador y mágico. Así fueron sus días.

Ahora tenía casi veintisiete y no lo había superado.

Temía no hacerlo nunca.

Capítulo 11

09

«Gracias» fue la última palabra que no pudo decirle.

¿Y qué importaba si jamás pudo despedirse de ella como necesitaba?

Capítulo 12

10

Efectivamente, él comprendió que la muerte sí era dolorosa.

La Parca se llevaba las almas de quienes debían abandonar aquel mundo.

Entonces, ¿quien se la llevaría a ella?

Capítulo 13

11

Se cayó muchas veces mientras aprendía a bailar.

Siempre se preguntaba cómo era que aquello le gustaba tanto a su compañera. De vez en cuándo, lo hacía parecer inseguro.

Pero todo desaparecía cuando el fervor en los ojos de la chica le consumía mientras bailaba. Comprendió que no necesitaba que le dieran una respuesta. Ya la tenía.

Capítulo 14

12

La vida es peligrosa si no la cuidas.

Pero él ya era consciente de que cada día era una suerte. Tiempo atrás se había dicho a sí mismo que debía aprovechar esa suerte y tratar de pasar página porque después del invierno existe la primavera.

Parte de él quería que escampara la lluvia. Y parte de él quería conservar la bufanda, tan sólo un poco más.

Capítulo 15

13

Jamás había escuchado el nombre de ningún compositor clásico hasta que la Parca le inundó.

No sabía cómo sentirse ante el hecho de que la chica, que pasaba las noches en cualquier bar inyectándose un poco de felicidad y bailaba sola en las ruinas de un edificio a medio construir, fuese capaz de apreciar la poesía en las notas de una partitura antigua.

Quizá le fascinaba, pero nunca había estado seguro.

Capítulo 16

14

Y, finalmente, había llegado el momento en el que se desesperaba.

Las cuatro de la noche, apostado en su balcón con un cigarro entre los labios, observando la fachada de la finca frente a él, la noche que apenas mostraba estrellas y el espeso silencio de una ciudad que dormía.

La frialdad del viento de marzo trajo a su memoria -de nuevo- cosas que se esforzaba por enterrar.

La extrañaba tanto. Había jurado por todos los dioses que conocía que iba a tratar de superar a la Parca, pero hasta los infiernos sabían que jamás podría.

Él lo sabía. Así que en vez de superarla, comenzó a vivir con su recuerdo.

Capítulo 17

15

En realidad, se llamaba Kanya y su familia había emigrado de Tailandia a Estados Unidos, hasta Detroit, cuando ella era joven.

Se crió en una casa con una puerta sin cerrojo y sus padres la habían educado en el arte de vivir resignada a sus posibilidades.

Pero la niña no quiso rendirse.

Aprendió a bailar y lo siguió haciendo incluso cuando ya no hubo nadie para verla.

Capítulo 18

16

Se acostumbró a ser odiada.

Jamás pudo comprender el hecho de que nadie debía repudiarla.

Él sí.

Capítulo 19

17

Cuando quiso disculparse por entrometerse, ella le hizo jurar que no le fallaría.

Que la levantaría.

Capítulo 20

La dejó caer.

Ellos simplemente se dejaron marchar el uno al otro, conscientes de el error que estaban cometiendo.

Uno esperó rehacer su vida. La otra supo que ahí se había terminado la suya.

Y solo uno de ellos se equivocó.

Capítulo 21

19

La parca sí que se llevó su alma, pensaba a menudo.

Le había roto en pedazos y le abandonó después.

A veces -más de las que nunca iba a admitir-, él la culpaba. La culpaba por sufrir, por embaucarlo aun sabiendo que tendría que dejarle marchar, por resignarse -como le habían enseñado sus padres-, por amarla tanto.

Por enseñarle a bailar.

Capítulo 22

20

El austero otoño ya había terminado. Oficialmente.

Y, de nuevo, otro año estaba a punto de cumplirse. Ahora serían cuatro.

Él ya tenía veintisiete y la Parca, probablemente y si bien recordaba -era de esas cosas que había preferido olvidar con el paso de los años-, cumpliría dentro de poco los veintinueve.

Iba a celebrarlo como se merecía.

Capítulo 23

21

Se meció en su abrigo mientras la brisa de las vísperas del invierno anunciaba el comienzo del atardecer.

Hacía poco que se había mudado. Abandonó la basura.

Y ahí estaba él, en un barrio por el que no había pasado en meses, en una ciudad que pretendía enterrar.

Frente a una lápida con un nombre que se obligó a no temer.

Bueno, no había cumplido la promesa que se hizo a sí mismo. Cuando llegó el día del aniversario de su amada, se ahogó en lágrimas contenidas y terminó en un bar de mala muerte compartiendo chupitos de whiskey con el camarero. Se acostó con una mujer que entró al local a comprar tabaco y volvió a casa a las seis de la mañana, con frío y hambre.

Pero se dijo a sí mismo que, al año siguiente, podría celebrarlo con alguien. Siempre.

Serían las cinco y media de la tarde y, en aquellas épocas del año, el sol comenzaba a desaparecer. «Demasiado pronto» solía pensar.

Se ajustó la bufanda al cuello y susurró unas palabras.

«Bravo» él dijo. El espectáculo terminó y el telón de la vida de la Parca que había hundido la suya se había cerrado.

Se negó a llorar aquel noviembre.

Capítulo 24

Epílogo

28 de diciembre de 2013:

Vale, no sé si esto te va a llegar a tiempo antes de que termine este año y empiece el 2014. Si no es así, espero que hayas pasado una buena nochevieja. Bueno, en realidad espero que todas fueran buenas desde que me fui de casa.

Verás mamá, ¿por qué ahora? te estarás preguntando. Tranquila, te entiendo. Han pasado más de diez años sin que sepas dónde estoy ni qué hago.

Demonios, ni siquiera sé si sigues viva.

Estaba fumando el otro día -tabaco, te lo juro- y por el balcón capté un olor a manzana. Era la vecina de arriba, que estaba haciendo bizcocho. Me recordó al tuyo. Tan sólo pensé que era buena idea preguntarte qué pasaba contigo a estas alturas de tu vida y al día siguiente compré un sobre y un par de sellos. Es la primera vez para mí escribiendo una carta.

La verdad es que dejé de estar enfadado hace mucho tiempo, si aún te lo preguntas. ¿Sigues enfadada tú conmigo? te extraño.

Hace unos meses me he mudado a un buen piso en Nueva York. He dejado Detroit. Sí, por fin. Comprendí que tenías razón. La basura me ha hecho basura a mí durante estos años. Pero no me voy por mí.

Te voy a contar la historia de cómo dejé de ser un niño. Perdóname si lo hago ahora pero corro el riesgo de que no veas esta carta o si la ves, no respondas. Quiero que alguien lo sepa.

La realidad es que, para dejar de ser un niño, tuve que enamorarme.

No voy a pintártelo todo como un cuento de hadas. Ella jamás fue un cuento de hadas.

Ahora comprendo por qué nunca fuiste capaz de dejar a papá, a pesar de todas las veces que te lo rogué. Si a mi me hubieran pedido que abandonase a Kanya voluntariamente, sabe Dios que jamás lo habría hecho. Aún si me llevaba al infierno. Lo hizo.

Era bailarina. No de esas que llenaban teatros, no de esas que ocupaban

trajes voluminosos.

Pero ella siempre me dejó mirar cuando bailaba y juro por mi vida que nunca había visto algo tan hermoso. Los primeros meses fueron todos felices. Y los más rápidos.

Lo cierto es que todo fue un desastre. Tenía depresión y era adicta a drogas de las que no he querido saber el nombre, pero era maravillosa, y cuando estábamos juntos todo desaparecía.

La veía sonreír de verdad.

No obstante, como ya te he dicho, las cosas no siempre fueron perfectas. Con el paso del tiempo, se me fue incrustando más y más bajo la piel, y me fui hundiendo en su espiral de miseria y oscuridad. Pasaba las noches en vela, sólo y esperando que volviese a su casa pronto y no hubiese sufrido algún tipo de sobredosis. Jamás podía saber si estaba viva. Con ella, todo parecía tan irreal que cortaba. Vivía siempre en ese tipo de cuerda floja.

Quiero explicarte mejor.

Ella nació en el seno de una familia tailandesa que tuvo que dejar su país por ciertas deudas que llevaban persiguiéndoles bastante tiempo. Allí en Detroit -donde yo la conocí- encontraron refugio. Sus padres terminaron muriendo cuando era adolescente y su hermana pequeña desapareció un día sin más, cuando había salido a jugar una tarde. Ni siquiera la buscó.

Pero no era una mala persona. Supongo que todo eso la hizo más fuerte, no menos humana.

Y me dejó entrar a su mundo. Y lo compartió conmigo. Y me lo dio todo.

Y un día se fue.

La encontré en la bañera del chapucero piso en el que vivía, con los brazos rajados. Eso fue todo. Hubo un pequeño funeral al que nadie salvo yo asistió.

Pero todo lo que te cuento ya es historia, una historia de cuando tenía veintitrés años. Me he quedado en Detroit por Kanya, incluso cuando me dejó. Bueno, como te digo, hace un par de meses me mudé. Es que ya estaba cansado de que todo a mi alrededor me recordase a ella.

Conservo una bufanda que me prestó el día que nos conocimos, es blanca con rayas verticales de color azul marino. Mi color preferido de cuando

tenía siete años y vivíamos en esa casa tan grande.

Aún estoy enamorado. Pero ya no soy un niño.

A ella la llamaban Parca, la reina de los pies ligeros.

Y todavía la puedo ver bailar.

Firmado:

tu hijo, Dean.